

3.2 APORTES DEL PSICOANÁLISIS DE NIÑOS AL PSICOANÁLISIS*. POR EL EQUIPO DIRECTIVO DE AECPPA-MADRID**

Introducción

El niño, en su sustantividad e individualidad, ingresa en la historia de la humanidad tardíamente, del mismo modo que ingresa tardíamente en la historia del psicoanálisis. Este ingreso del niño a-posteriori del adulto ha tenido consecuencias tanto teóricas como técnicas. Así, tanto la sexualidad como la neurosis infantil fueron comprendidas y conceptualizadas por Freud a-posteriori, en el après-coup de la neurosis adulta. El pasado infantil fue construyéndose y tiñéndose de las distintas versiones que el adulto en transferencia fue haciendo de cuando era niño. Recordemos en este sentido la larga nota al pie del historial del Hombre de las Ratas y el ejemplo paradigmático del sueño del Hombre de los Lobos.

Freud compara la memoria consciente del hombre sobre las vivencias de su niñez con la actividad historiográfica con la que el historiador estudia la historia de la humanidad, recompuesta tardía y tendenciosamente. La historia que el ser humano construye de sí mismo es “ la expresión de las opiniones y deseos del presente y no una copia del pasado pues muchas cosas se eliminaron de la memoria, otras se desfiguraron, numerosas huellas del pasado fueron objeto de un malentendido al interpretárselas en el sentido del presente.” (1910).

Es desde este punto de partida que creemos que la neurosis infantil -aquella construcción de infancia que el adulto realiza - puede y debe ser diferenciada teóricamente de la neurosis de la infancia -aquella que padece el niño.

Freud, en una de sus últimas conferencias, al comentar sobre el análisis de niños, dice que el conocimiento de las peculiaridades de la infancia obligó a modificar muchas afirmaciones que él había sostenido acerca de ella y concluye: “Psicológicamente, el niño es un objeto diverso del adulto”. (1932).

Sin embargo, aunque generalmente los psicoanalistas acordamos en estos conceptos, creemos que permanentemente en nuestras discusiones nos deslizamos desde lo adulto en la comprensión y teorización de lo infantil. Tomemos como ejemplo las superposiciones que muchas veces parecen existir entre Complejo de Edipo en la etapa fálica, Resignificación Adolescente del Edipo y su Reconstrucción analítica desde un adulto en transferencia.

El niño del Psicoanálisis

Recordemos que la teoría psicoanalítica surgió del tratamiento de pacientes neuróticos adultos; y que Freud, en su intento de comprender el significado de los síntomas descubrió el inconsciente: síntomas, sueños y actos fallidos poseen, a partir de sus descubrimientos, un significado más allá de lo manifiesto. Fiel a su paradigma de que, entre la salud y la enfermedad sólo hay una diferencia cuantitativa y no cualitativa, extendió sus hallazgos en un intento de crear una psicología general, una Metapsicología. En sus vertientes económica, dinámica y tópica, dio cuenta del aparato psíquico de un

adulto que había alcanzado una estructuración neurótica; y, desde el aspecto genético evolutivo (fases psico-sexuales) dio cuenta del niño reconstruido desde el adulto. La estructuración neurótica adulta se apoya fundamentalmente sobre la represión como mecanismo de defensa fundante del Inconsciente y, una vez constituida esta fundación, el conflicto psíquico dominará la vida psíquica con su corolario de la formación sintomática, onírica, etc. Y esa es una de las primeras diferencias que nos encontramos en el psicoanálisis infantil frente al de adultos: nos hallamos ante un psiquismo en estructuración.

En su célebre Tres Ensayos, Freud construye su teoría pulsional y sienta las bases del desarrollo evolutivo. El niño que allí se esboza es el niño reconstruido.

Ampliando los límites de la analizabilidad propuesta por Freud, sus discípulos extendieron las fronteras. Niños y psicóticos accedieron a la cura analítica y con ellos el corpus teórico mismo del Psicoanálisis fue enriqueciéndose y ampliándose con nuevos interrogantes y con nuevas propuestas.

En la década del 20 dos grandes pensadoras traspasaron la recomendación que Freud hiciera en las Puntualizaciones previas a "De la historia de una neurosis infantil", cuando dice: "Será preciso prestarle al niño demasiadas palabras y pensamientos, y aún así los estratos más profundos pueden resultar impenetrables para la conciencia". Desoyendo su palabra, se adentraron en el tratamiento con niños. Nos referimos, obviamente, a Melanie Klein y a Anna Freud.

Del encuentro clínico de Melanie Klein con Rita y con Erna nace la teoría del juego que se constituye en una nueva vía regia de comprensión del inconsciente infantil. Y fruto de esa comprensión nace una nueva teoría y se concibe un nuevo niño del psicoanálisis.

Postula que, desde el inicio, el yo emerge del conflicto, del fragor de la batalla entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Herido desde el vamos por tánatos, tiene como primera tarea hacer frente a la angustia de aniquilamiento que es su correlato. La función del objeto, el pecho, la madre, es la de soportar las primeras proyecciones. Son en su teoría los mecanismos de introyección y proyección los verdaderos arquitectos de la vida mental. Queda descentrado el concepto de Represión y surge en su reemplazo la idea de un yo clivado siendo la escisión el mecanismo princeps del aparato psíquico.

La fantasía inconsciente, ese producto privilegiado y omnipresente de la vida mental, tiene un origen interno, constitucional e instintivo. No hay en Melanie Klein una teoría de la neurosis. Por el contrario, se disuelven los cuadros neuróticos a través de una configuración de ansiedades y defensas donde quedan como restos los núcleos psicóticos siempre dispuestos a desarrollar una nueva y potente actividad. Psicosis y neurosis no son eventualidades del desarrollo sino inevitables experiencias que los seres humanos debemos atravesar.

Interrogada por el Psicoanálisis de Niños, afirma que todo niño debiera ser analizado. La neurosis infantil es una conquista, un paso en el desarrollo; concebida como un logro del desarrollo del yo, como una creación predominantemente subjetiva e individual, y siendo la transferencia su elemento esencial, el análisis del niño transcurre en soledad.

Quedan fuera de la teoría y de la consulta, no solo la historia individual sino también los padres y la delicada trama que une una patología individual con estructura familiar.

Anna Freud, desde una perspectiva diametralmente opuesta a la de Klein, introduce en su teoría del desarrollo libidinal y yoico, la idea de una potencialidad, que en un despliegue sin interferencias, llevaría al individuo a la salud, entendida como logro de una vida genital y de una constancia objetal. Tendencias innatas al equilibrio y al desarrollo, una vida pulsional pautada y conflictos esperables auguran la promesa de un desarrollo normal. Así como el niño del psicoanálisis que postula Freud es un “niño reconstruido”, y el que nos trae M. Klein es un “niño enfermo”, A. Freud nos trae un “niño sano”.

Considera que los analistas debiéramos ser capaces de imaginar un desarrollo interno idealmente normal, así como su contrapartida, condiciones ambientales ideales.

Si recorremos la obra de Anna Freud, vemos que la preocupación por la prevención de la salud mental es constante en su obra, ya que desde esta posición teórica es posible proponernos la tarea de detectar los agentes patógenos, antes de que éstos hayan comenzado su tarea nociva. Así la teoría y la práctica psicoanalítica salen de la consulta y se abren a otros campos: a la educación, a la pediatría y a la crianza, buscando prevenir la enfermedad infantil.

Entre la salud posible y la enfermedad que acontece, describe y categoriza desórdenes infantiles como trastornos del desarrollo. Diagnostica no sólo neurosis y psicosis sino reacciones neuróticas, fenómenos neuróticos transitorios, fallas, demoras e inhibiciones,

regresiones normales y severas, ampliando los tipos de intervenciones terapéuticas.

En el seno de este apasionado debate surge Winnicott, quien se nutre de la teoría kleiniana pero adhiriéndose a la idea annafreudiana del niño sano. Describe los procesos tempranos del desarrollo postulando una tendencia innata de evolución creadora que debe ser cuidado y sostenido por una “madre suficientemente buena”, quien da lugar a la continuidad del ser, única garantía de salud. El concepto de verdadero o falso self, de existencia auténtica e inauténtica, son pensados como dos momentos ontológicos del existir. La madre, como objeto subjetivo para el bebé no tiene solo por función ser depositaria de las identificaciones proyectivas, sino que debe sostener el gesto espontáneo, para que el bebé mantenga la continuidad del ser, la historicidad de su devenir existencial y la angustia frente a la nada. De la mano de Winnicott surgieron conceptos como holding y espacio transicional para poner de manifiesto el lugar estructurante del objeto en la mente infantil. El niño podía y debía pensarse desde su vinculación con sus objetos primarios “reales”.

Años más tarde surge Lacan y el estructuralismo, y con él otro modo de comprender al niño y a su patología. Continuando sus propuestas teóricas, M. Mannoni postula que el niño es síntoma de sus padres. En esta teoría, la constitución del sujeto se hace en el otro y su corte o separación lo deja ligado para siempre a una estructura significativa. Hay una prioridad lógica de representaciones y significantes paternos que preceden al niño y que lo ubican con un nombre y un lugar. En el niño neurótico el síntoma es, entonces, portavoz de los fantasmas parentales. El deseo inconsciente de los padres es vehiculizado a través del lenguaje, por lo dicho y lo no dicho del discurso y se inscribe en el inconsciente del niño produciendo su efecto a nivel de síntoma.

El síntoma tiene un texto, y en ese texto leemos el discurso parental, el significante del otro en mí.

Así como en Klein imaginamos al “niño enfermo” y en Anna Freud al “niño sano”, de la mano de la escuela lacaniana, podemos concebir al “niño atrapado”, es decir marcado o significado por el deseo inconsciente de los padres, o por los significantes que le preceden. El niño se convierte en el objeto del deseo del otro, deja de ser un sujeto atravesado por su propio deseo inconsciente, para quedar colocado en posición de significante que viene a obturar la falta materna. La historia vuelve a estar presente en la enfermedad infantil pero no se trata de las alternativas de la pulsión como en Klein, ni de la presencia de factores exógenos como en Anna Freud sino que está en la historia del deseo inconsciente y de la posición que en el curso de tres generaciones tienen los protagonistas con relación a la castración y al Edipo.

Nuestra clínica psicoanalítica

Siguiendo a Goethe, “lo que has heredado de tus padres, adquiérela, para poseerla...”

Hasta aquí hemos intentado describir brevemente distintos aportes que desde el psicoanálisis infantil se ha hecho al corpus teórico del psicoanálisis y como cada teoría construye su modelo de niño. Es tal vez desde el ámbito de la Clínica infantil donde más se ha puesto a trabajar la teoría, como sugiere Laplanche, para volverla rica y fecunda.

También nosotros somos herederos de teorías y nuestra clínica está atravesada por los modelos que nos precedieron, de ahí la cita.

Plantear una clínica psicoanalítica con niños implicar postular la existencia de niños con inconsciente. Esta formulación aparentemente simple encierra las complejidades de muchos puntos que hemos esbozado en páginas anteriores. Como vimos, dos grandes líneas se han abierto en la historia del Psicoanálisis, después de Freud, con respecto a la cuestión del origen del inconsciente.

La teoría kleiniana y la clínica que la implementa, postula la existencia de un inconsciente existente desde los orígenes de la vida. Y como vimos, el análisis con el niño transita en solitario.

Por otro lado, la idea totalmente revolucionaria de Lacan con respecto a que el inconsciente no es algo del orden de lo biológico, sino un efecto de cultura producido a partir de la inclusión del sujeto en relaciones estructurantes, en el marco de una organización privilegiada, universal, que es la estructura del Edipo. En esta línea, siguiendo a Freud, el inconsciente no es un existente desde los orígenes sino que debe ser fundado.

Creemos que pensado el niño sólo desde la castración del otro, como postula Lacan, éste queda despojado de toda dimensión estructural singular, y se diluye como sujeto al diluirse en el discurso-deseo del adulto.

Es en el marco de un “deseo de diálogo” que querríamos compartir con vosotros nuestra postura clínica y algunos interrogantes clínicos que de ella se desprenden.

Partimos de la idea de que el inconsciente no es un existente desde los orígenes, sino el producto de un **complejo sistema de metabolizaciones simbólicas** que se constituyen en el interior de las relaciones sexualizantes y de prohibiciones que instaura la estructura del Edipo. Y en segundo lugar, que es en el marco de la tópica psíquica, definida por juegos de instancias en conflicto, donde el síntoma se instaura y cobra valor simbólico en tanto conflicto intrapsíquico, es decir, inter-sistémico.

Sabemos que no hay causalidad lineal entre acontecimiento y síntoma, como tampoco lo hay entre la estructura del Edipo y la emergencia de una modalidad específica de funcionamiento en el sujeto que en ella está inmerso. Esto quiere decir que entre la estructura del Edipo y la constitución psíquica infantil, se producen **complejos procesos de metabolización** que dan lugar a formas fantasmáticas **específicas** de instalación de los sistemas deseantes y defensivos.

La presencia imprescindible de los padres en el proceso diagnóstico y terapéutico nos trae, a través de un discurso por el cual se filtra la historia fantasmática en el marco de los sistemas deseantes originarios, las posibilidades de rastrear los determinantes y su modalidad de inscripción en el niño.

Esto implica que los padres nos aportarán tanto la historia significativa como los vacíos que ésta deja colar por sus intersticios. Y para ello partimos de otra premisa teórica: Los padres, en tanto sujetos de su propio inconsciente, no pueden darnos razón inmediata de sus propios deseos, en la medida en que sus propios enigmas son los que criban constantemente la crianza del hijo

y lo someten a mensajes enigmáticos cuyo sentido los padres mismos desconocen.

Lo infantil, en sentido estricto, abarca ese tiempo en el cual el sujeto psíquico se constituye, pasando de la pulsación originaria que lo constituye como sujeto sexual en el interior del vínculo primordial con la madre, a la represión de sus representantes y a las identificaciones que culminan en la instauración de esa formación paradigmática de cultura que es el superyó.

El reconocimiento de la vida psíquica del niño, en su singularidad, otorgan un lugar nuevo a “lo infantil”, que deja al descubierto el lugar fundamental que ocupan los padres, que con su propio mundo psíquico, y con sus propias historias narcisísticas y edípicas en un entramado transgeneracional, van a dar lugar a una serie de cuestiones inter e intrasubjetivas que – en el encuentro clínico - nos ilumina nuestra forma de acceder al mundo interno infantil.

En estas Jornadas de Intercambio quisimos rendir homenaje a los distintos autores que con sus aportes han posibilitado el campo del psicoanálisis infantil, ampliando el campo del abordaje terapéutico de muchas patologías del adulto.

Queremos aprovechar también la ocasión para reflexionar con vosotros sobre el lugar del niño en el psicoanálisis y ahondar aún más sobre el lugar que tienen los padres, no sólo en el ámbito clínico, sino además en la constitución misma tanto del niño como del adolescente.

Complejo de Edipo infantil y Estructura del Edipo.

El Edipo Narcisizado

Como dijimos anteriormente, hablar de estructura del Edipo no es hablar de estructura familiar y no creemos que podamos hablar de Edipo infantil ni de su resignificación en la adolescencia, sin habernos referido previamente a Narciso, su antecesor. El fenómeno del narcisismo es fundamental en la estructuración del sujeto, es la historia y la pre-historia de Edipo; solo podemos comprender a este último, si antes nos hemos detenido a mirar a Narciso. Freud en "Introducción del Narcisismo" (1914) afirmaba: "El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza, Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez".

La estrecha relación narcisista con el hijo resulta un obstáculo para el nacimiento de Edipo; se opone al pasaje del dos al tres, de la omnipotencia del narcisismo a la incompletud del Edipo. Vemos así cuán importante es la relación dos en uno para poder vivir y cuanto más importante es zafarse de esa relación para poder humanizarse. Interesante paradoja: aquello que nos da vida, puede llevarnos a la muerte. Pero es en la encrucijada de narcisismo y Edipo, de Edipo y narcisismo donde se representa la obra de la vida intrapsíquica e intersubjetiva.

Solo podemos comprender la historia edípica de un sujeto, adentrándonos en su historia narcisística, una historia que incluye el deseo de los padres (Layo y Yocasta) a la que luego

advendrá lentamente el deseo del hijo (Edipo). Las vicisitudes de éste estarán signadas por la claudicación de un "hijo rey" que re – construye el narcisismo de los padres y la de "sus majestades los padres" que construyen el narcisismo infantil con el fin último de sostener la unidad narcisística de todos y cada uno de los miembros implicados. Así, observamos en la clínica a "sus majestades los padres" sosteniendo y sostenidos por "su majestad el hijo".

La Clínica evidencia que, según sea la historia narcisística del sujeto, la estructura del Edipo podrá ser escuchada o bien en clave de narcisismo o en clave edípica.

Detengámonos unos minutos para revisar el concepto de renegación o desmentida como enlace entre una historia y otra.

Ya Freud, en "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos", (1925) y en relación con el mecanismo psicótico, afirma: "... sobreviene un proceso que quisiera designar con la palabra "renegación", **proceso que no parece raro ni muy peligroso en la vida psíquica del niño** (las negritas son nuestras), pero que, en el adulto, constituirá el punto de partida de una psicosis".

En 1927, en "El fetichismo" Freud plantea que el fetichista es aquel en el que se **perpetúa una actitud infantil** (negritas mías) haciendo coexistir dos actitudes inconciliables: el reconocimiento de la castración y la renegación.

Pensamos la renegación como un mecanismo inherente al psiquismo infantil; de allí que su mente funcione – durante un período de su

vida – según el modelo: “Ya lo sé, pero aún así”. Modelo que tipifica la renegación o desmentida según el planteo de Octave Mannoni.

Recordemos que en este tiempo de su evolución psíquica el niño se halla inmerso en la comprensión, explicación e interpretación de su universo sexual a través de las “teorías sexuales infantiles”, una de las cuales es claramente falocéntrica.

Si todos los seres humanos tienen pene, resulta de una lógica indiscutible que a las que aún no lo tienen les va a crecer o **lo tienen en algún lugar que aún no se ha descubierto**, lo cual explica por qué los niños (ellas y ellos) pasan un prolongado período de su vida tratando de descubrir ese enigma de: “¿Dónde estará?”, además del ¿Cuándo crecerá? Se trataría entonces de dos enigmas, uno en el que está en juego el convencimiento del niño de que la castración no existe, sino que se trata de descubrir: dónde está aquello que logrará obturarla; y otro que se basa en la creencia temporal y solo temporal de la existencia de la misma.

Una niña de tres años y medio había padecido durante esta primera etapa de su vida de una alergia a los lácteos que le impidió disfrutar de los grandes placeres de la infancia: dulces, caramelos, galletas, y un largo etcétera. Tal como había pronosticado el pediatra, a esta edad le desaparecería. Para festejar tal acontecimiento se le regaló un dulce que la niña saboreaba con verdadero placer. Mientras se relamía los bigotes, afirmó con vehemencia: “Ahora que puedo comer de todo, seguro que voy a tener pito”.

Vemos en la lógica de esta niña, que si ella era **la diferente** porque no tenía la posibilidad de comer como los demás (vivencia de castración), el tener ahora esa capacidad aparece en su mente como sinónimo de completud que la iguala en todo a todos los demás. Pensemos con ella: “Si ahora puedo comer como todos, también tendré pito como todos”.

Este fenómeno de la desmentida se halla íntimamente ligado a la etapa de la vida del niño donde lo que prevalece es la relación dual narcisista con los padres y de los padres con él. No olvidemos que estamos ante un niño mítico, un niño regio, majestuoso y entronizado para desmentir la incompletud parental.

Sin la desmentida, todo el andamiaje narcisístico se vendría abajo y sin ese andamiaje que funciona a modo de esqueleto, de sostén, el psiquismo del niño no se podría construir con un mínimo de solidez. A su vez, si la desmentida como mecanismo fundamental – por ambas partes - se prolonga excesivamente en el tiempo, la estructuración del psiquismo tendría un desenlace diferente.

Las patologías más frecuentes que nos llegan a la consulta son aquellas en las que la desmentida persiste: la madre desmiente su castración colocando al hijo en el lugar del falo; desde ese lugar el hijo desmiente tanto la castración materna como la suya; finalmente, el padre fracasa en su función paterna de corte y prohibición, autorizando esa relación fálico – narcisista entre madre e hijo para desmentir **su** castración y sostenerse en ese mismo lugar en relación a su propia madre.

El mecanismo de la desmentida tiene lugar ante lo que corre el riesgo permanente de perderse y resulta intolerable, es decir, la pérdida del paraíso narcisista y dual en el que el sujeto se halla colocado. Ese lugar regio de ser el que completa lo incompleto (lugar del falo), que no está fuera ni dentro **de** – cualquiera de los dos lugares serían exponentes de la falta, al quedar excluido el otro - sino **con** la completud, siendo parte de ella.

En este sentido, el niño de la observación nos ha llevado a pensar – dentro de la conflictiva edípica - en la desmentida de la **prioridad** del otro junto al progenitor del sexo opuesto.

Así, el niño podría decir: “Ya sé que mi papá es con quien mi mamá se casó, pero aún así yo me voy a casar con ella”. Se trata entonces, de quién ocupa el lugar del falo, de quién obtura la castración materna.

En la práctica analítica hemos observado muchas, muchísimas veces el juego de niños/as entre 3 y 5 años que se ubicaban en la cama de los padres exactamente en medio de ambos, sin excluir a ninguno de los dos, pero, nunca mejor dicho en el centro o siendo el centro.

Formulemos la pregunta: ¿Por qué unos padres ante su hijo, un ser inacabado, pequeño e inmaduro consideran que es el ser más maravilloso del mundo? En la búsqueda de la respuesta orientamos nuestra mirada hacia la tesis de Leclair referida a la primera muerte, la muerte de ese niño maravilloso “siempre renaciente”. Esa muerte que dolorosamente debemos ir realizando a lo largo de toda la vida desde el mismo momento

en que nacemos, aunque “sepamos” que es la crónica de un fracaso anunciado.

Esta representación narcisista primaria, este “his majesty” que hay en cada uno de nosotros se hará escuchar toda vez que se comienza a amar. El hijo, ese ser amado, es la ocasión de oro que nos evidencia que el “niño rey” no está muerto en nosotros y que **ahora sí lo haremos renacer**. Para ello, los padres también acuden al mecanismo de la desmentida o renegación, que les permite que el hijo incompleto se convierta en ese ser fascinante y maravilloso que cada uno de ellos hubiera deseado ser para sus propios padres. Felizmente, la desmentida no se sostiene, la unidad narcisista se resquebraja dada la exigencia de la sexuación humana y cada uno se encuentra más alejado de ese lugar majestuoso y alienante.

Cuando nos adentramos en el deseo del niño – Edipo, no debemos pensarlo como si surgiera de la nada, sino como continuación de una historia previa, la del niño – Narciso y al hablar de ello - recordemos una vez más - estamos hablando del deseo de los padres.

Son deseos fundantes que dejan su impronta en el psiquismo infantil porque **adjudican lugares** tal como nos recuerda Marucco que insinuara Freud en las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” (1909) pronunciadas en la Universidad de Clark: “El padre prefiere, en general, a la hija, y la madre al hijo. Y el niño reacciona a ello con el deseo, si es varón, de hallarse en el puesto de su padre, o en el de su madre si es hembra”.

Deseos fundantes de una larga historia que comienza mucho antes de que el niño nazca (incluyendo otras generaciones) y que se

amalgaman con el advenimiento del niño deseante, o sea, del niño – Edipo.

Complejo de Edipo Infantil

Hablar del advenimiento del niño deseante, supone adentrarnos en la dramática edípica. Y supone poder ensamblar dos planos en la constitución subjetiva. Supone articular teóricamente, como dijimos más arriba, la estructura del Edipo con la dramática edípica que se desarrolla en el aparato psíquico del niño.

Hasta aquí hemos puesto el énfasis en los deseos desde los padres hacia el hijo, dirijamos nuestra atención al mundo pulsional del niño.

Retomando el aforismo freudiano de Introducción del Narcisismo que “debemos amar para no enfermar”, podemos postular que el niño sale del narcisismo primario invistiendo objetos y así evitar la estasis libidinosa que se traduce como displacer. La libido, esencialmente narcisista, es colocada en aquellos objetos privilegiados encargados de la crianza y del cuidado erógeno del niño: sus padres. Objetos primarios que al estar investidos con dicha libido narcisista son depositarios de los anhelos de completud del yo ideal. Son objetos omnipotentes, completos y perfectos que espejan el ideal narcisista del yo. Y con estos objetos se establece la dialéctica entre elección de objeto e identificaciones primarias que irán conformando el yo infantil.

Al ingresar en la Organización genital infantil, tanto el niño como la niña invertirán con libido objetal, fálica y con libido narcisista a sus objetos primarios con los que entretejerán fantasías sexuales.

Tal vez las formulaciones freudianas sobre el fenómeno del enamoramiento sirvan de puente para poder amalgamar estos planos que postulamos como inherentes a la

constitución subjetiva, y que tan magistralmente retomara P. Aulagnier al referirse al contrato narcisista.

El pequeño Edipo está tan “enamorado “ de sus padres como sus padres lo están de él. Se entremezclan anhelos y deseos pasionales, fusionales, de mutua fascinación. Pero así como en el fenómeno del enamoramiento el principio de realidad toca a la puerta y pone fin a la ilusión de completud anhelada, en el drama edípico es la propia libido narcisista la que pone tope a los deseos incestuosos que la libido objetal ansía. Surge inevitablemente el fantasma de la castración, de la incompletud y todos los participantes de este drama deben aceptarlo. El niño abandonará a sus objetos primarios introyectándolos en su yo y los padres deberán nuevamente aceptar la renuncia impuesta por La ley del Padre que está inscripto en la propia historia edípica de cada uno de ellos

Resignificación del Complejo de Edipo en la adolescencia

No solamente no sé lo que tengo, sino que no sé lo

Que soy.

En el baño, me he levantado del asiento y de pie he

Pegado la nariz contra el espejo y he decidido que me miraría hasta saber lo que soy.

Me he planteado cuestiones. Me he hecho una lista.

¿Soy una mujer? No

¿Soy una chica? No

¿Soy un chico? No

¿Soy un niño? No

Stéphanie, en “Des Cornichons au chocolat” de Jean Claude Lattés

Como vemos en este fragmento, la adolescencia representa una profunda conmoción que obliga al aparato psíquico a enfrentar nuevas representaciones de un cuerpo que cambia y reabre el protagonismo pulsional, instalando un caos en un aparente equilibrio anterior, desorganizando al yo.

¿A qué nos referimos?

Estamos hablando del período de latencia, que procesa en sordina la sexualidad infantil. Si durante el tiempo de la infancia se constituyó el capital fantasmático, defensivo e identificador, lo infantil, que en parte había concluido invistiendo los recuerdos de ese tiempo, antes de sepultarlo de otra manera en el olvido, se vuelve a hacer presente en la adolescencia.

La pubertad con el rebrote pulsional actualiza de nuevo el deseo y el conflicto edípico con la diferencia de que en este momento el incesto se torna realizable. Si en el umbral de la adolescencia el modo de organización está bajo el signo de la represión de la pulsión, todo lo abandonado vuelve a ser reinvestido. Se desarrollará en movimientos de ida y vuelta entre los objetos de satisfacción de la primera infancia y el objeto complementario puberal antes de que la elección de objeto se instaure con la consecuencia de un renunciamiento al goce incestuoso infantil, permitiendo que Edipo destrone a Narciso.

Con el doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas y parricidas, se consume uno de los logros psíquicos y una de las tareas fundamentales de la adolescencia.

Dice Freud, en *“La metamorfosis de la pubertad”*: *“Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consume uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimio de la autoridad de los progenitores, el único que crea oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua”*.

Dos tiempos se reeditan en la adolescencia, el de Narciso y el de Edipo. La adolescencia constituirá un desafío al advenimiento que la pulsión genital realizará sobre estas estructuras. Así como el Narcisismo vino a resolver la cuestión del ser, Edipo acude a dar respuesta al ser en cuanto ser sexuado y a la ulterior de tener un solo sexo, con la consiguiente renuncia a la bisexualidad y a la omnipotencia, pero Edipo está en Narciso y Narciso está en Edipo, tanto en el adolescente como en sus padres.

Ellos sufrirán profundas reorganizaciones, retranscripciones y reescrituras, transformaciones que el adolescente realizará a partir de nuevas experiencias en la realidad y que involucran, por tanto, lo intrapsíquico y lo intersubjetivo.

La crisis narcisista en el adolescente está impregnada por una pregunta fundamental; pregunta por la identidad, ¿quién soy?, como veíamos en el texto del principio. Freud, en *“Introducción al Narcisismo”*, plantea que el sentimiento de sí es un compuesto, una estructura que se construye sobre la base de enunciados identificatorios que sobre aquél profirieron los otros significativos: ¿Cómo se lo deseó, qué lugar tuvo antes de su llegada al mundo, cómo se le narcisizó, qué enunciados operaron? Es el narcisismo lo que está en juego, como a lo largo de la vida, en la búsqueda del adolescente de referentes en los que sostener su ser, en ese intento de separarse del deseo de otro, para constituir un espacio propio, procurando imágenes que obtiene a partir de la mirada de otros, buscada a través del discurso, para poder llegar al propio deseo donde antes se ubicaban los deseos parentales.

Podemos ejemplificar esta situación a partir de un relato de un adolescente que está inmerso en plena crisis de identidad:

“Esta es la historia de un niño que tiene su vida escrita en un libro. Cuanto ha sido su vida está escrito, siempre ha tenido a alguien que le dice lo que tiene que hacer. Un día al volver una página está en blanco ... se desespera porque al haber tenido a alguien que le guíe no sabe cómo puede hacer las cosas el mismo, ya no le vale lo de antes, no sabe qué hacer. Poco a poco empieza a escribir con fallos porque siente la pérdida de la guía, poco a poco va avanzando, sabe que tiene que escribir él solo. No tendrá quién le guíe. Finalmente, decide escribir su libro y tanto si es bueno como si es malo, es suyo, tiene que continuar solo, es su vida y tiene que escribirla”.

Tal como decía este adolescente en su relato, la adolescencia implica la especificidad de ser un cuestionamiento del equilibrio psíquico que deberá concluir con la genitalización del Edipo. Metaforiza el recorrido que tiene que hacer el sujeto humano y, al igual que en el comienzo de la vida, se siente muy desvalido. Él antes tenía en quien mirarse, deseos de otros con los que se identificaba, que le daban seguridad. Momentos de vacío, de dolor, de frontera entre la dependencia y la independencia. Momentos de extrañeza de sí mismo y del resto, no se reconoce ni en su mente, ni en su cuerpo, que le invade de sensaciones sexuales, asustándolo.

Como Freud había considerado, la conflictividad propia de la adolescencia resulta de la permanencia de huellas y recuerdos de la sexualidad infantil y experiencias que han conducido a represiones, su potencialidad significativa perdura sin amenazar la conciencia. Sin embargo, su reactivación en

la pubertad, modifica en su vuelta sus huellas anteriores, pero el riesgo no se limita a su intensificación. Ahora, como hemos mencionado, el Edipo ha pasado de una virtualidad que la realidad desalentaba a una posibilidad realizable. El adolescente guarda huellas que solo comprende al experimentar sensaciones sexuales, confiriéndole un valor al tiempo de la infancia, apropiándose así de su historia infantil en un proyecto sexual.

Pero la renuncia a la omnipotencia, la pérdida de la bisexualidad, el acceso a la castración y a la idea de la muerte, no se producen de una vez, se dan en movimientos progresivos y regresivos, entre Narciso y Edipo, entre el Yo Ideal y el Ideal del Yo, entre el deseo de completud y la aceptación de la realidad. ¿Cómo se defiende el adolescente de esta situación, que compromete tanto su ser?

Tal como veíamos que en la infancia la desmentida le permitió estructurar su Narcisismo, en la adolescencia temprana esta defensa es estructurante y vuelve a preservar el Narcisismo. ¿Qué queremos decir? Allí donde el Yo-real admite la castración de la madre, la caída del padre del lugar ideal y con ello la propia completud y omnipotencia, el Yo-placer los desmiente, buscando otro tipo de descarga, a través de la oralidad, de la analidad etc.

Hemos visto qué significa esta crisis en el adolescente, veamos qué sucede en los padres: Por una parte, “his majesty the baby” vuelve a hacerse presente en ellos ... las ilusiones de completud que se esperaba fueran realizadas, no se corresponden con el ideal, tienen que asumir que el hijo no es un objeto, deben desasirse de él, asumiéndolo como sexuado, renunciando a su deseo por él. Por otra parte, también la conmoción generada por la pubertad del hijo, pondrá en

movimiento viejas cuestiones sepultadas y olvidadas, proyectadas en ese hijo adolescente, no permitiendo verlo como sujeto, reconocido en su alteridad. En este momento, se ven en su hijo como en un espejo que les muestra su fracaso narcisista. En los padres, por tanto, se reactiva la conflictiva edípica tanto frente a la renuncia del deseo sexual sobre sus hijos adolescentes, como la renuncia que debieron ejercer frente a sus propios padres.

Diríamos que el presente está hecho de ese pasado, sin el cual el futuro es difícil de construir. Lo nuevo no desplaza a lo antiguo, ni tampoco lo repite tal cual era, sino que lo transforma y le da una nueva significación.

¿Qué ocurre cuando no pueden elaborar esta etapa?

Se produce un borramiento de la diferencia generacional, la rivalidad edípica deviene lucha fratricida y narcisística, alterándose el proceso de identidad, no permitiendo que se produzca la confrontación generacional que salvaguarda la estructura de alteridad y reciprocidad. Los años adolescentes parentales, que sucumbieron a la represión (pulsiones, deseos, fantasmas), quedan sometidos a la compulsión repetitiva, dificultando que el adolescente realice las dos grandes tareas de este período de la vida: filiación y sexuación.

Volviendo al adolescente, la apropiación del cuerpo permitirá el pasaje de lo fálico a lo genital. Según Rodolfo: “la iniciación sexual en la adolescencia es mucho más que un episodio, es un acontecimiento estructurante, algo se termina de escribir y algo se resignifica en cuanto a la vivencia de satisfacción. Por

otra parte, no es lo mismo la categoría simbólica de no-pene que la de vagina”. “Algo se termina de escribir en cuanto al propio cuerpo y el orgasmo no sólo es experiencia erótica como descarga, sino que es vivido en una verdadera intersubjetividad”.

Esto nos lleva a considerar la posibilidad o no de desplazar a objetos exogámicos. Según este autor, una cuestión es el desplazamiento que se alcanzó en la niñez ligado a la represión y otra es la sustitución, que invoca el concepto de hundimiento, sepultamiento, desintegración. “La prohibición del incesto no sólo concierne a la madre como objeto, sino a la no insistencia en la matriz madre-niño como núcleo de lo incestuoso” “Freud menta algo que se desintegra, que se hunde, que desaparece, lo que se diferencia muy claramente de una represión, dado que la represión consiste al contrario en una conservación de algo en el inconsciente”. En este sentido, pensaríamos que la adolescencia es un momento decisivo del sujeto humano donde se define si algo va a quedar en la categoría de lo reprimido, forluido, renegado, o si va a sufrir su sepultamiento.

Para finalizar, lo que constituye la subjetivación es la puesta en tensión permanente de la estructura edípica y sus residuos infantiles. La adolescencia nos permite ver la complejidad que existe en la resignificación de la estructura del Edipo, en el momento en que la sacudida pulsional pone a prueba, como hemos mencionado anteriormente, la organización psíquica negociada en la latencia. Re-conocer esta triangulación obliga a renunciar a varias cosas: a la posesión de los progenitores, a pesar de una potencia sexual ya adquirida, al fantasma de dominio de goce parental y a los privilegios y prótesis de la infancia.

En la medida en que esto no pueda producirse, se desarrollarán las diferentes patologías de la vida adulta.



* Ponencia presentada en la Universidad Complutense de Madrid, 14 Junio 2008

**** Sobre los Autores:**

Ana M^a Caellas: psicóloga, psicoanalista, fundadora, directora y docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid, profesora del Master de Psicoanálisis de la Universidad Complutense de Madrid, miembro del Instituto de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

Luisa Marugán: psicóloga, psicoanalista, fundadora y docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid, docente colaboradora del Master de Psicoterapia Psicoanalítica de la Universidad Complutense de Madrid, presidente de la Sección de Niños y Adolescentes de la F.E.A.P., miembro del Instituto de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

Agustín Genovés: psicoanalista, miembro de la Comisión Directiva y docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid.

Gabriel Ianni: psicoanalista, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Internacional, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Co-Director del Centro Hans, miembro de la Comisión Directiva y profesor de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid.

Silvia Falcó: psicóloga-psicoterapeuta y psicoanalista, Co-Directora del Centro Hans, miembro de la Comisión Directiva y docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid.

Freya Escarfullery: psicóloga, psicoterapeuta psicoanalista, miembro del Comité Directivo y docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid, docente y supervisora del profesorado en las escuelas infantiles Talín, Tamaral y Altamira de Madrid, directora y coordinadora de la revista digital En Clave Ψ^a.